

MIL AÑOS DE
COMPOSTELA

Serie undécima
Capítulo II

LAS CADENAS DEL HOSPITAL REAL

LA CONSTRUCCION DEL GRAN EDIFICIO DESPERTO MUY POCO ENTUSIASMO EN SANTIAGO

La institución nació envuelta en pleitos, que nunca la abandonaron

Por VICTORIA ARMESTO

DIEGO DE MUROS, que por vivir tantos años en Castilla se había olvidado del carácter de sus paisanos, pretendió tranquilizar a los alborotados propietarios mandándoles el siguiente aviso:

No se trataba de una expropiación forzosa; los reyes le habían dado carta blanca para la adquisición del solar elegido.

Les rogaba que tasaran sus casas y huertas y que al hacerlo procuraran olvidarse de la propia conveniencia, teniendo en mente la grandeza apostólica de la sede y el desamparo de los pobres peregrinos que, en clima tan lluvioso, dormían muchas veces a la intemperie. Era obligación de todo buen compostelano coadyuvar para la pronta realización del magno proyecto real.

Los propietarios, que iban a perder sus casas y sus huertas, escucharon estos argumentos, u otros parecidos, con religiosa atención y luego tasaron los solares de un modo tan extravagante que, partiendo de una base tan poco razonable, era imposible llegar a un acuerdo.

Diego de Muros les suplicó que reconsiderasen la cuestión. Le hicieron, en efecto, y aún pidieron más.

Invocó Diego de Muros nuevas razones de carácter espiritual y patriótico y los propietarios, apoyados secretamente en San Martín Pinarío y en el Cabildo, se hicieron los sordos, honestamente convencidos de que, en vez de solares, poseían las minas del rey Salomón.

Las primeras gestiones se iniciaron en 1499. En 1501 no habían llegado todavía a un acuer-

do y Diego de Muros se desesperaba viendo como pasaban los días y los meses y todo seguía más o menos igual.

El más terco de todos los propietarios amenazados de expropiación era el Comendador Abraides. Se aprovechaba de que su hermano era el Corregidor de Santiago de Compostela.

HABIL CAMPANA DEL CABILDO

Mal avenido con el deán que le había sido impuesto por Castilla, y poco resignado a perder sus huertas, el Cabildo inició una campaña muy hábil con el fin de desacreditar el magno proyecto.

¿Para qué querían los peregrinos jacobeos un nuevo Hospital si ya había en Santiago gran abundancia de conventos y de posadas donde alojarse? Y aún suponiendo que no los hubiera, ¿para qué los necesitaban cuando era de todos sabido, y aún se sabía en Mongolia, que, abrasados por el amor jacobeo, los peregrinos preferían pasar la noche en la Catedral? Si el deán Diego de Muros se obstinaba en sacar adelante obra tan inútil como costosa, el único «emplazamiento» posible era el solar contiguo a San Martín Pinarío. Entre otras ventajas ofrecía la de estar vacío, mientras que el lugar elegido por el deán se levantaban veintidós casas y unas huertas que exigían una serie inabarcable de pleitos y de indemnizaciones.

EL PROYECTO SEDUCE A ALEJANDRO VI

Mientras el pladoso proyecto despertaba tan escaso entusiasmo en Santiago de Compostela,

su difusión había encandilado a la cristiandad. Uno de los seducidos fue el papa Alejandro VI, que tuvo a bien conceder una bula de indulgencias. Todo aquel que diera un real para la construcción del gran Hospital jacobeo sacaba un alma del purgatorio.

Por si esta gracia no fuera suficiente, el papa Alejandro VI, tal vez presionado por los Reyes Católicos, dispuso que el futuro gran Hospital dependiera enteramente de Roma. Liberado de toda tutela episcopal y municipal, el Hospital de Santiago contaría con tribunales propios. Ninguna «autoridad» con vara en alto podría entrar en el edificio.

Si ya antes no lo encontraban excesivamente atractivo, después de esta última concesión papal las dignidades del Cabildo (excluyendo naturalmente al Deán) consideraron que el proyecto era antipático. Aún más que la construcción del Hospital sobre el terreno que ocupaban sus huertas al Cabildo, le irritaba su prevista independencia. No obstante, abrumados por el cúmulo de gracias apostólicas, los canónigos abandonaron toda resistencia directa y, con ayuda de los frailes de San Martín Pinarío, se contentaron con poner y aquí y allá una china.

AL FIN, SE LOGRA UN ACUERDO

Amenazándoles tal vez con la expropiación forzosa sin compensación económica, Diego de Muros había al fin llegado a un acuerdo con los propietarios de los solares y se los pagaron no sé si por la categoría intrínseca

de la finca o por la categoría social del expropiado.

El canónigo recibió por sus tres casas 240.000 maravedises. 160.000 le dieron al Comendador 47.000 al boticario, 31.000 a una de las viudas y 25.000 al platero...

Los Reyes Católicos mandan entonces sus instrucciones en las que se transparenta su inteligencia y sentido práctico.

Isabel y Fernando aconsejan a Diego de Muros que encargue la obra a contratistas locales y que ya ellos se ocuparán de enviar los planos. Que Diego de Muros vigile a fin de que «las paredes se hagan buenas y recias, que el pavimento sea de losas y que los tejados se fortalezcan con cal y betún...»

Don Fernando añade: «que las ventanas del Hospital sean bien labradas y juntas como en Aragón porque no entre el aire en ellas...»

Aquí se advina que el rey (víctima de las ventanas gallegas, que ni cerraban entonces ni cierran ahora) cogió en Galicia una torficollos reumática. Esto no lo dice ningún libro de historia, pero es cosa que le ocurre a muchos forasteros y aún naturales que a mí me pasó lo mismo hace dos años cuando hallándome en el campo y en una Pascua fría dormí cerca de una ventana.

Isabel la Católica cerró el capítulo de instrucciones recomendando: «que haya agua en las fuentes de los patios y que de allí vaya a cocinas y letrinas, que dejen sitio para huerta, graneros, bodegas, despensa y cementerio...»

Luego la reina de Castilla abre una posibilidad de añadir lo bello a lo práctico: «que las portadas del Hospital —dicesean muy gentiles...»

EL HOSPITAL NACE ENVUELTO EN PLEITOS

Prometiendo cumplir estos y otros consejos, Diego de Muros inició los primeros trabajos en mayo 1501. Aún no había logrado desalojar de sus casas a parte de los inquilinos que se resistían tercamente y para echarlos fue preciso apelar a la justicia.

Como si hubiera recibido la maldición de una bruja el gran Hospital jacobeo nació envuelto en pleitos, y éstos, al revés que otras muchas cosas más convenientes, no lo abandonaron nunca.

A fines del siglo XVI era tal el pélaago de litigios que los procuradores rehusaron tomarlos a su cargo. Hubo épocas en que el Gran Hospital tuvo más de cincuenta pleitos a un tiempo. (Villanil y Castro, José, «Reseña Histórica de la erección del gran Hospital de Santiago fundado por los Reyes Católicos, tomo I, pág. 265, Santiago de Compostela, 1901).

En el año 1501, cuando se iniciaron las obras del gran Hospital, en el Monasterio de San Martín solo quedaban tres monjes muy viejos y muy abatidos, los cuales, fuera de sus prácticas de piedad, apenas si se interesaban por nada. Se les miraba como a unos fósiles del pasado o como un elemento casi vegetal, se les creía pasivos como esos líquenes que salen entre las piedras...

Pues bien, en cuanto los tres abatidos monjes tuvieron conocimiento de que las cañerías que iban a llevar el agua al Gran Hospital (el agua de la huerta, de las cocinas y de las letrinas según las instrucciones de Isabel) pasaría por debajo de su monasterio, se pusieron inmediatamente en estado de alerta y, pese a su desinterés por las cosas mundanas, no sólo se consideraron moralmente obligados a detener la obra, sino que anunciaron la apertura de un pleito.

El agua destinada al gran Hospital, argüían los tres monjes, era propiedad indiscutible de San Martín Pinarío. Esta vez la obstinación de los tres frailes consiguió agotar la paciencia de los Reyes Católicos, quienes les dirigieron unas líneas muy duras: «No puede creerse que en cosa que tanto es servicio de Dios y nuestro y faziéndose como se faze por

nuestro mandato pongáis tal impedimento...»

Si se estudia aquel dédalo de litigios y de impedimentos legales parece más admirable que el gran Hospital llegara a construirse en diez años 1501-1511.

EL ARQUITECTO ENRIQUE DE EGAS

El autor de los planos, Enrique de Egas, que pasaba por ser el mejor arquitecto de España, visitó por primera vez Compostela en el año 1505 y aún se vió metido en el pleito del agua con los frailes y tuvo que tasar nuevamente no sé si la finca del Comendador Abraides o la finca de una de las viudas.

Más tarde Enrique de Egas dirigió la construcción de las portadas platerescas, que resultaron tan «gentiles» como deseaba la reina Isabel quien figura en la principal en compañía de su marido Fernando y de sus hijos Juana «la Loca» y Felipe «el Hermoso». También está representado en uno de los medallones de la fachada el propio Maestro Egas.

LOS NIÑOS EXPOSITOS

Un documento hallado en el archivo del gran Hospital nos explica los fines de la institución. Cuando los Reyes Católicos vinieron a Galicia, «mi los sanos tenían albergue donde recogerse ni los enfermos curación y no ha en todo el reino disposición y providencia para criar y educar los niños expositos, siendo más sensible la pérdida de sus almas por falta de bautismo que la de sus vidas por falta de sustento...»

Los Reyes Católicos —añade el documento— ofrecieron a Dios y al Santo Apóstol fundar y dotar este gran Hospital en el cual fuesen remediadas plenamente todas estas necesidades...»

Allí el Hospital se hizo con un triple propósito en mente, sería a la vez hotel, sanatorio y asilo. Desde un punto de vista humanitario la última finalidad era importante. En el siglo XVI los niños expositos estaban condenados a tener muy corta vida.

Cuando sus padres no les mataban al nacer, les abandonaban a las puertas de las iglesias y Monasterios, donde muchas veces, antes de ser recogidos, se los comían los perros o las zorras.

OCHENTA CAMAS PARA DORMIR DOSCIENTAS PERSONAS

Por cuanto a la hospitalidad se refiere el gran Hospital ofrecía un confort inusitado (para el siglo XVI). Estaba dotado con ochenta camas donde se acostaban doscientas personas.

Tenía una cámara fría en donde se guardaban las naranjas de los enfermos. Estos eran asistidos por varios físicos y boticarios. Los enfermos podían permanecer en el Gran Hospital hasta que sanasen o muriesen. La estancia de los huéspedes sanos estaba limitada a dos días en verano y cinco en invierno.

Ocho capellanes se ocupaban de la salud espiritual de los acogidos y expositos. Entre ellos había tres o cuatro extranjeros de nacionalidad inglesa, francesa o alemana. El gran Hospital empleaba a dos «ganchos» que andaban por la ciudad y por las afueras pregonando la existencia de la pladosa institución, ya que muchos forasteros la ignoraban.

Según las ordenanzas del año 1524, vigentes hasta Carlos III, el gran Hospital tenía sala de lectura bien abastecida con libros de teología, arte, medicina y romance.

Los libros estaban atados con cadenas como los platos en la «posada del Peine». Anexo al gran Hospital estaba el llamado «pazo da fora», donde se alojaban los visitantes finos que no era discreto mezclar con los pobres. En el «pazo da fora» había salones con chimeneas.

MALA CONSTRUCCION

Edificio bien planeado y que encajó a las mil maravillas en la plaza, el Gran Hospital estaba tan mal construido como algunos de esos bloques actuales cuyos pisos se venden en Madrid, y en provincias, y que dentro de unos años, cuando me-

dio se derrumben, serán el origen de mil pleitos y de mil lios que van a envenenar la vida de media España.

Si la mala construcción actual nace del afán desmesurado de lucro, las deficiencias del gran Hospital eran culpa de los gremios compostelanos y de la velocidad con que se hizo.

En diez años, y sin máquinas, montar adecuadamente el gigantesco edificio hubiera sido un milagro pero tanto como la prisa, perjudicó al Hospital la obstinada trabazón de los gremios.

Según los acuerdos en vigor, peligrosos de vulnerar, ningún contratista compostelano se encargaba de proseguir una obra iniciada por otro.

De esta forma aunque Diego de Muros protestaba de las múltiples deficiencias, los albañiles abandonaban el trabajo, pero no se les encontraba sustitutos.

A la larga fue preciso traer esquilros de Asturias y su presencia creó nuevos problemas. El primero era el de buscarles alojamiento en una ciudad hostil. Por «real cédula» se le exigió al alcalde que alojase gratis a los obreros. «No puedo ocuparme de dar tales posadas», respondió secamente el Alcalde, que era hermano del expropiado Comendador Abraides.

LAS CADENAS

Una vez edificado el gran Hospital, el municipio compostelano halló nuevas fórmulas para molestar a la orgullosa e independiente institución.

Le negó entre otras cosas, el derecho a tener un patio y delante de las puertas se formaban en invierno tales barrizales y arroyos que era difícil entrar.

El gran Hospital fue a un pleito y lo perdió. Pasaron tres décadas antes de que cediera la resistencia municipal. Por fin en el año 1442 obtuvo el gran Hospital el derecho a extender sus privilegios e inmunidades sobre un espacio acotado.

Este espacio se pavimentó según la práctica gallega corriente en el Renacimiento y que consistía en encintar caprichosamente las piedras con unas líneas abiertas, de un ancho de cinco centímetros, que luego se rellenaban con una pasta roja.

Para cerrar el patio se le encargaron al Maestro Guillén las cadenas que, ya en los primeros años de este siglo, fueron halladas en los sótanos por el meritario periodista señor Sánchez Rivera.

Las cadenas se sujetaban, y se sujetan, a unos postes de piedra, obra del Maestro Miguel, que se llamaron «candelabros» porque en las fiestas se les ponía encima unas hachas que iluminaban la plaza.

Algunas veces, cuando estoy en Santiago de Compostela, se me ocurre aproximarme a las cadenas y tímidamente —siempre temiendo que me expulse aquel portero tan orondo que está a la puerta del antiguo Hospital hoy convertido en hotel de primera A.— las toco.

El roce de las cadenas, tan frías como sólidas, produce una deliciosa impresión; hay algo que vive y que vibra en estos hierros que durante cientos de años fueron como un espejismo de libertad para los perseguidos.

JUANA «LA LOCA» Y SU ESPOSO, EN LA CORUNA

La inspiradora de la obra del gran Hospital falleció sin haberlo visto.

Aquella mujer extraordinaria

que era Isabel de Castilla supo morir de forma edificante y haciendo gala de una gran presencia de espíritu. «No lloréis por mí...», suplicó a los servidores que la atendían.

Antes de morir Isabel hizo testamento recomendando, entre otras cosas, a sus sucesores, que nunca perdieran la fortaleza de Gibraltar.

La reina murió muy preocupada porque sabía que su hija Juana razonaba mal. Cerrado el testamento fue preciso añadir un codicilo ya que en el último momento Isabel se acordó de los indios, cuya situación era aún menos brillante que la de los gallegos.

Como regente del reino, hasta la llegada de Juana, Isabel nombraba a su esposo Fernando de Aragón.

Dos años después de la muerte de la Reina Católica (abril de 1506) Juana «la Loca» llegó a La Coruña traída por una tempestad. Le acompañaba su esposo Felipe «el Hermoso» y tres mil infantes alemanes.

La joven reina, lamentablemente ataviada, se encerró en convento de San Francisco y no quiso ver a nadie.

Los escasos gallegos, que lo-graron ver a doña Juana pensaron que la reina estaba muy «mirrada», lo que quiere decir que estaba marchita, flaca y arrugada.

Tampoco la Coruña presentaba un aspecto muy lucido. Los muros y las torres se venían abajo sin que la empobrecida ciudad hallara medio de evitarlo. Se había caído en un centralismo tan exagerado que hasta el precio en que los zapateros podían vender sus zapatos se fijaba en Valladolid.

Juana y Felipe pasaron un mes en Coruña y luego fueron a Santiago para rezar ante el Apóstol.

EL JURAMENTO DE FELIPE «EL HERMOSO» EN LA CORUNA

Hasta ahora era creencia general que, mientras estuvo en Coruña, Felipe «el Hermoso» no había tomado parte en ningún acto de carácter oficial y que se había pasado el mes cazando.

Isabel Martínez Barbeito acaba de descubrir en el archivo municipal coruñés un documento donde se revela que Felipe «el Hermoso» juró, puesta su mano sobre los Evangelios, respetar los privilegios, usos y costumbres de la Coruña.

Este juramento se lo pidió, o exigió, al rey consorte el conde Fernando de Andrade, que hablaba en nombre de la ciudad. (Isabel Martínez Barbeito, «Notas de un Archivo», La Voz de Galicia, 19, enero, 1966).

PROXIMO CAPITULO:
FONSECA II RENUNCIA A L ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE COMPOSTELA QUE TRASPASA A SU HIJO SEGUNDO. FASCINANTE PERSONALIDAD DE DON ALONSO DE FONSECA III. TRANSIDO DE AMOR FILIAL, EL JOVEN E ILUSTRADO ARZOBISPO PIENSA EN CREAR UNA UNIVERSIDAD EN LA PROPIA CASA DONDE NACIO SU MADRE MARIA DE ULLOA. RIVALIDAD ENTRE FONSECA III Y EL DEAN DIEGO DE MUROS.

LOS ROMBOS DE LA COMODIDAD FLEX



NUEVOS MODELOS "QUILTING"

El acolchado "Quilting", paso gigante en la técnica de fabricación de colchones supone ya una fructífera experiencia de FLEX, que amplía ahora el sistema —en sus 15 fábricas— a los modelos de Super-Lujo, Gran FLEX, FLEX R-59 Tornasol y Bico FLEX-67 damasco.

Puede verlos, con las más variadas y selectas tapicerías, en nuestro distribuidor más próximo.



VISTA DE LUJO LA COMODIDAD DE SU SUEÑO
ESCUCHE TODOS LOS VIERNES, A LAS 5,30 DE LA TARDE, POR RADIO POPULAR DE EL FERROL, EL PROGRAMA FLEX «LAS MIL Y UNA NOCHES»

feliz sin dolor... todo el día!

CALMANTE

VITAMINADO

(C.P.S. 2.495 a C.S.P. 2.515)

le devuelve la alegría